

CONTORNO

El periodismo chileno ha perdido al maestro de su oficio, a su jefe indiscutible, y el elogio de su vida operosa le ha sido dado a manos llenas en la América Española, por tirios y troyanos.

Yo supe al llegar a Brasil la noticia de esta muerte, que mucho me sorprendió, pues hace dos años le vi joven de cuerpo y salud aquel rostro rojizo, que parecía estar regado por una sangre rica que le bañase mejor que a otros hombres. Me alegré entonces de mirarlo, envejecer con belleza y comprobar una vez más que los humanistas tienen la ciencia del buen vivir que es como una noble estética del ocio. Ni quebranto moral ni comienzos seniles había en el trabajador que, sin embargo, tenía derecho a la fatiga, después de cuarenta años de batalla gremial.

Fue Silva Vildósola un hermoso varón de talla suficiente, ágil, a despecho del sedentarismo de su oficio; de un fajado perfil aguilucho, con el cual cortó todas las grosuras de este mundo; daba al mirar la sorpresa de unos ojos de linar belga en el mes de flor; las mejillas enjutas, sin onza de carne, eran muy vascas, y la sequedad de las facciones se acentuaba más en la boca, delgada igual que el concepto agudo que volaba de ella. La perspicacia de su mirada mantenía alerta al interlocutor y yo creo que nadie pudo oírlo nunca pasivamente, a causa de la virtud doble de aquel ojo excitante y de la palabra substancial a los que había siempre que responder. Pero aunque viergesen su mirar y su hablar, los dos se mojabán a trechos de una dulzura y casi de una ternura, femeninas. Hombre atareado sí lo hubo, don Carlos Silva no perdió la bondad criolla, que tal vez sea la marca de la criatura sudamericana, ya que el europeo ha secado la ternura en su entraña y en su parecer.

Había nacido para jefe de hombres, y lo fue, pero con una manera: la más señorial, es decir, la más imperceptible con que sea dable gobernar a las gentes. Quien lo obedeció, colega o sirviente; quien lo acató, amigo o familiar, no probó nunca en tal patrón la dureza del obedecer y el país mismo, que siguió muchas veces su voluntad, supo todavía menos que era conducido por él. Y es que a Silva Vildósola puede llamarse, como a tantos jefes de empresa, un hombre de orden espiritual y como tal repugnó la soberbia y su prima hermana la violencia. Así fue como las cejas no se encrespaban en su frente y la cuchillada del ceño no partió las dos suaves porciones de su cabeza gris.

CULTURA INGLESA

Mi compatriota sirvió en su primera juventud un cargo secundario en nuestra Embajada de Londres y supongo que fue llevado allí por don Agustín Edwards, el propietario de la empresa de "El Mercurio" y su amigo de toda la vida. Este será quien sepa contarnos un día al maestro, al ilustre auxiliar, el que hizo un camarada, y será para bien nuestro porque la historia de su larga amistad es en buena parte la de "El Mercurio".

(Viene de la primera página)

tomar cada uno un vaso, llenarlo, beberlo y quedarse con él en la mano, apoyado en cada extremo de la mesa, como si fueran dos caminantes detenidos para descansar o conversar.

Y empezó una conversación extraña; dura, pero no airada. Lo que decían no se percibía, sino que se oía un murmullo como de riachuelo en el bosque, de aguas deslizando en lecho de lajas.

A veces hablaba uno largo y el otro callaba; otras se trenzaban ambas voces, o se interrumpían de pronto dejando un vacío medio helado para volver a levantarse en murmullo monótono.

Mi mente se escapaba a descansar a ratos y a ratos se inquietaba sobremanera pensando, ¿se habrán olvidado? ¿qué es lo que separa a estos hombres venidos desde tan lejos a estas soledades? ¿Sólo ahora se lo explican?

El tono de las voces era terriblemente opaco, no sugería nada.

En ocasiones dormitaba y al despertar volvía a encontrar la presencia de las voces y los veía en su posición de caminantes detenidos, con las manos apoyadas en el vaso de whisky como en el pomo de un bastón. Mi mente los asía y los soltaba como los rostros perdidos en el agua.

¡Vamos, estos compañeros están listos con el whisky! me dije, y me eché a dormir decididamente.

Y. Cuando uno se despierta de una borrachera es como si resucitara, y creo que los que no son viciosos, ven a veces a estas etapas la monótona continuidad de la vida.

Es realmente un volver de la tumba; los huesos y las uñas duelen como si se hubiera escarbado la tierra, en los párpados se envuelven telarañas de sueño y en los labios se siente un regusto a eternidad.

Al despertarme de todo esto, mi primera impresión fue que el escocés y el australiano seguían conversando, y hasta me pareció oír de nuevo el sufrimiento de esas voces trenzadas en un diálogo sordo y monótono; pero en el comedor chisó sólo había una tría y lacerante luz de madrugada.

—Se habrán ido, por fin, a acostarse, borrachos, me dije.

Sin embargo, me levanté rápidamente con el deseo de verificar cuánto antes esa suposición.

Pasé por el comedor; las botellas estaban junto a los vasos vacíos, en cada extremo de la mesa. Fui a la pieza de Mac Kay, golpeé y nadie contestó; la sala estaba vacía; en medio de ella, la ropa de casa que había sido cambiada por la de campo.

Larkin tampoco se hallaba en la pieza de huéspedes. Los demás, dormían profundamente.

Abandoné el chaquetón de cuero a un atravesé los cerros y me dirigí al corral de tropilla de la estancia. Como era domingo no encontré ni al campañista ni a sus ayudantes.

En la pesebrera faltaban el "Sunstar" y el caballo del Segundo. Enslé con rapidez al "Nene", monté y partí.

Por sobre el cuello del animal observé los rastros, los seguí por el ca-

Pocos años vivió en Inglaterra Silva Vildósola, pero el influjo inglés representaba siempre una cavadura en el carácter y esta vez se trataba de hombre muy sensible. No volvería a residir allí, pero la cultura inglesa, gran señora y gran creadora de almas dirigidas, le asistía por medio siglo.

A quien le conoció, su mentalidad, y hasta alguna cosa de su físico, le hacía pensar en la yuxtaposición de un "gentleman" moderno y de un gran señor español del siglo XVI. Su señorío era muy de su raza, pero su consumada tolerancia en lo religioso, su concepto de una justicia social plena, realizada bajo un método no revolucionario y su ciencia de convivir con amigos y adversarios políticos, todo esto era la huella viva de la formación que le dió Inglaterra. El hecho es curioso, pero frecuente en Chile. La sangre tuvo siempre en la Península cierta aproximación de carácter a lo británico y las confluencias que existen entre ambos temperamentos se comprueban en la chilendidad. Hasta hace pocos años dominó la vida chilena un grupo de familias vascas que en los políticos se avenía más con la manera democrática inglesa, sobria y gris que con los modos espectaculares de la democracia francesa.

El viejo Chile adoptó además ciertas normas británicas durante un siglo y nuestra vida nacional corrió sobre esos viejos rieles seguros, mientras "El Mercurio", bajo la tuición de su director, hacía otro tanto, adoptando en país criollo el tipo de un periodismo a la inglesa, poco caluroso, nunca convulsivo, regido por un designio de ecuanimidad vigilada que sus jefes mantenían hasta hoy, lo mismo en el tiempo normal que en el de agitación.

VIDA

A su regreso de Inglaterra, Silva Vildósola reintegró en la casa periodística y con interrupciones cortas retuvo el cargo de director por media vida.

El maestro conocía en su diario desahogado el contador al cajista y al rotulador, él no gobernaba una masa según el uso yanqui; él, como los jefes de empresas cristianas, se allegaba a cada uno por verlos trabajar o por escuchar sus problemas íntimos. La llamada fascinación de las letras de plomo o del anual ritmo de las rotativas; el gusto visual de la composición tipográfica y la curiosidad de leer los originales de las firmas nuevas; la vida vespertina y la nocturna del periódico, con su barullo de pedilegios, de reclamos y de visitas; todo eso, todo eso entró en la gran deza y la servidumbre de este hombre fiel a un oficio que aceptó con indole de misión.

Cómo resistió tanto, conservando la benevolencia de que espejaba su rostro viril; cómo no fue cayendo por las rampas del cansancio malhumorado, es cosa que yo no entiendo sino la primera vez en que visité su casa.

Se había casado con doña Amelia Pastor, señora española, y ensayaba el arte de la doble vida: la oficina llena a rebosar, la casa bien apartada para la dicha; la literatura de grandes sábanas húmedas allí en la imprenta; en su casa, las páginas enjutas de los libros clásicos, o de los temas antiguos tratados por gente de hoy; una que otra novedad chilena o inglesa; pocos "magazines". Un amoblado severo y simple, porque él huýo lo alharquiento hasta en los objetos. Puertas y ventanas sobre un jardín lleno de un reposo que se oía y se palpaba. Y trágicamente entre el prodigio de orden y de silencio de las habitaciones, doña Amelia Pastor, mujer capaz de crear la dicha de su compañero sin necesidad de cosa alguna fuera de ella misma y de cuatro muros. Cuando ella se sentaba y yo quedaba entre los dos, casi escuchaba el amor que se tenía, y cuervos villanos yo veía volar en el aire parado.

Cuanto entre las más lindas frases que haya oído, ésta de mi amigo: —"Gabriela: yo tengo una honra que me parece la mejor de las honras que poseo y es que veo vivir dichosa a mi mujer. Está en ella mi dicha y por esto yo la puedo conocer: si mi dicha estuviese en mí, yo no podría verla. Ignoran muchos que nuestra felicidad propia sólo se ve hacia afuera, en los propios". Había en este varón la espiritualidad necesaria para vivir del amor sin saciarse y para dar todo lo demás como terneros de polve.

Los gobiernos hicieron refulgar delante del Maestro el espejo para cazar alondras de los más altos cargos, entre ellos nuestra Embajada en Inglaterra. Era la ocasión de recomfortarse en la patria en sus principios y la coyuntura propicia para conversar de viva voz con el poeta Mansfield, a quien hizo leer a muchos, o con Virginia Woolf, a quien sobreestimaba, y era la oportunidad de recuperar unas majas de la juventud caminando Hyde Park.

Pero el hombre de orden interior, hincado en su menester como el algarrobo chileno en el terrón, avaró las tentaciones una por una. Hay que contarle como un fenómeno dentro de nuestra sensualidad criolla que, solista, citaba por cualquiera ocasión fulminante, se va en derechura hacia los poderes grasos y los cargos de tomo y lomo.

Silva Vildósola cuidó como las niñas de los ojos la vida constitucional de Chile, que es el mayor de nuestros decoros y en el que la vieja chilendidad aun se mira y se regodea en la legalidad nacional más que en el azoguear

minó público y luego fueron interinándose pampa adentro. Los rastros de los dos caballos iban siempre juntos.

La hendidura pronunciada de los cascos sobre el pasto me indicaron que habían iniciado un fuerte galope. Ascendieron por un faldeo y ya no me cupo la menor duda: se habían dirigido a la meseta del "Finado Juan", lugar recordado así por el suicidio de un viejo ovejero.

Hacia allí tendí entonces el galope de mi cabalgadura, bajo la impresión de una molesta certeza.

El zaino se dió cuenta de mi apuro y trepó a saltos, como un guacaco, por las laderas de la meseta.

Intuí fue este empeño; cuando ya estaba casi al borde del terreno plano, oído de detonaciones que me hicieron estremecer.

Detuve al animal, algo se desplomó en mi interior y abandoné las riendas, decaído. ¿Por qué no galopé desde un principio? ¿Hubiera llegado

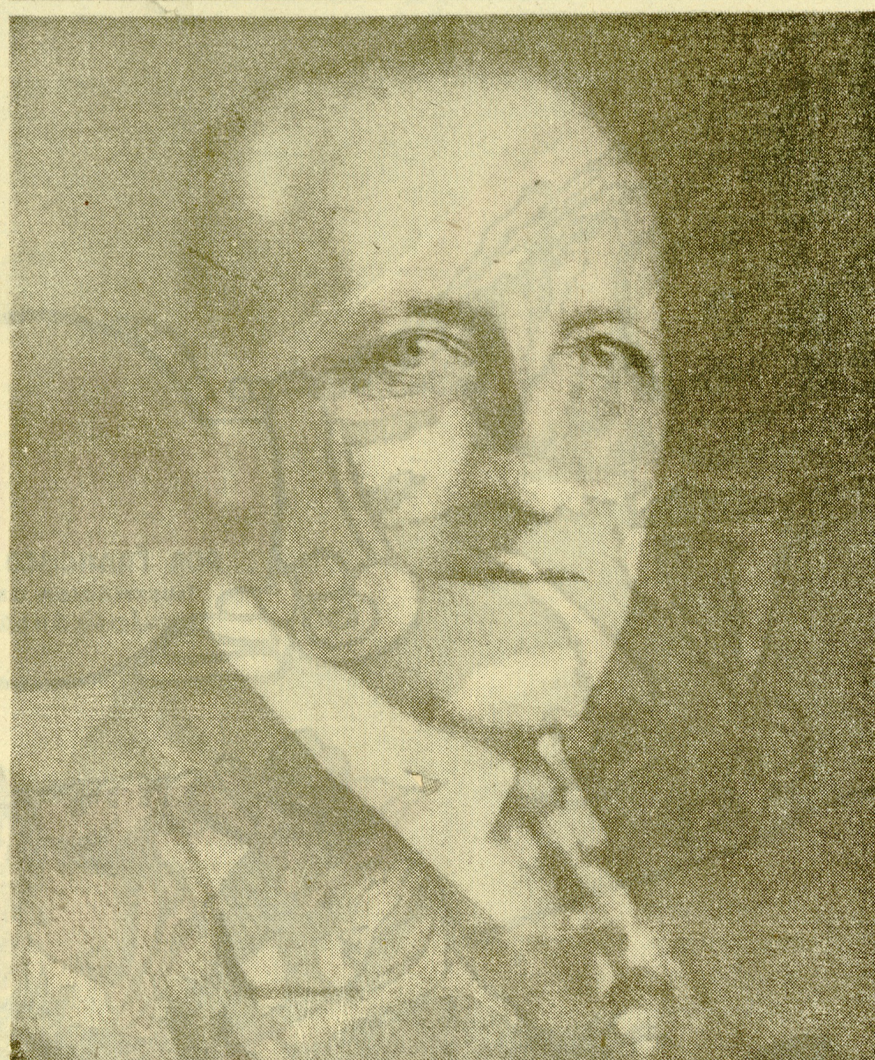
DON CARLOS SILVA VILDÓSOLA

MAESTRO DEL PERIODISMO CHILENO

Por

GABRIELA MISTRAL

NICTEROY, OCTUBRE DE 1940



de sus metales. Una sola vez nos fallo su dedo de guía cordillero, haciendo la aceptación de un gobierno irregular. La carta que entonces le mandó su paisana errante quedó enredada en manos infieles. Pero si su alma anda detrás de mis hombros en esta hora en que le recuerdo y le pregunto el porqué del quebranto, tal vez me conteste, como otro me respondió en caso idéntico:

—"Gabriela: mi pueblo se volvió loco y me fui con él porque era mi pueblo".

Su profesión no le dió realmente fortuna, dándole, en cambio, anchas satisfacciones morales. Afortunado fué, a pesar de los rencores que guardaron muchos pedilegios de publicidad hacia el dueño de la primera cátedra del país. Lo confortó, lo consoló, lo colmó, el amor de su familia espiritual que no era pequeña. Hubo sociedades obreras que lo tuvieron por su patrono escondido; periodistas y escritores vieron subir su dignidad y su vida económica gracias a batallas silenciosas del Maestro; empresas nacionales, desde las campesinas y las maritimas buscaban como a un eje de la vida chilena el hombre sin poder político y lleno de poderes sutiles que llegaran a todas partes. A los setenta años, prueba de los bríos de su alma, ingresó en el grupo mozo de la "Falange" buscando una fórmula de justicia social moderna y de tradicionalismo católico. Al igual de Chesterton, en vez de darse a la siesta de la jubilación, él trabajaba con sus jóvenes en los andamios del país futuro, lenta alfilería cuyos remates él alcanzaría a ver desde su orilla nueva.

UN MAGISTERIO NACIONAL

El campo de trabajo del gran dinamico fué Chile entero y las clases sociales una por una. ¿En qué empresa nacional no influyó don Carlos Silva Vildósola, es decir, "El Mercurio"? ¿Y qué chileno de mi generación no fue tocado de cerca o de lejos por el magisterio del editorialista? Ninguno de nosotros podría asegurar que se quedó fuera de esta enorme usina espiritual, y el que lo hiciera sería bastante vanidoso. Pero muchos tendrán la ilusión de que no le son deudores, porque el oficio periodístico deja a la multitud la sensación, para ella muy grata, de que las ideas a que obedece no las cedió nadie. La muchedumbre es tan fuertemente ingrata como un solo hombre ingrato puede serlo, y en este caso del benefactor anónimo le es lo bien fácil liberarse del agradecimiento.

Yo pienso el periodismo de Silva Vildósola como la lluvia delicada del centro de Chile, que llena el aire, traspasa las ropas, empapa los surcos para la siembra y vale por diez aguaceros. Esta manera fuerte y mansa fue la del gran pedagogo de nuestra sensibilidad nacional.

Su prosa, parecida a los canales chilenos, corría por el espíritu con la misma nobleza de esa agua de ingeniería ancestral, es decir, abundante y sin atropello. ¿Qué corrección sin esfuerzo y qué habilidad para convencer sin más ayuda que la claridad y la razón! ¿Y qué catarata despenó sin agotarlo nunca! Y es que el prosista de raza no se gasta más en su escritura que en su conversación, y por eso convence al lector de que lo suyo no es un arte, que es una pura función vital, como la marcha o el aliento.

a tiempo, pensé con honda amargura. Después de los disparos, que fueron casi simultáneos, un silencio raro invadió de nuevo el campo, y un pensamiento más egoísta me removió: ¿Quién habrá caído?

Ante esta inquietud, recogí las bridas, espoleé y ascendí a la planicie.

No olvidaré jamás aquel cuadro. Larkin estaba junto al "Sunstar", de pie, con los brazos cruzados sobre la montura, la cabeza afirmada en ellos y la mirada puesta en las lejanas sierras de Carmen Silva, doradas por el sol naciente; daba la impresión de haber galopado un largo camino y haber encontrado el cansancio a la paz al término de él.

Mac Kay, yacía de espaldas en el suelo, su nariz aguilena sobresalía extrañamente del rostro y una pistola niquelada brillaba como una cantárida en su mano crispada; el caballo, indiferente, pastaba a unos metros del cadáver de su amo. Todo esto estaba revestido de una aureola proveniente

de los rayos del sol naciente, que erraban casi horizontales la meseta, a través de los pastos.

Sobrecogido, avancé al tranco del caballo. Larkin estaba tan abstraído que no me sintió; desde el caballo tuve que ponerle una mano en el hombro para que se diera cuenta de mi presencia.

Dió vuelta la cara demacrada; sobre ella habían caído un par de años más.

—¡Nos batimos —me dijo— el apuro un poco el último paso, disparé primero, pero erró; yo tuve más suerte!

—¡Vamos! —le dije— monte rápido; alcancemos hasta la sección; allá usted cambiará la montura a un caballo de mi propiedad y esta misma noche puede cruzar la frontera hacia Chile; cuanto antes mejor!

—¡Oh, no; yo respondo de lo que hago! —me contestó.

—¡Obedezca —le grité con energía— aquí no se entiende de duelos;

a cuantos de ellos valían realmente. Yo le escuché tales elogios y pude gozar la probidad afilada de su parecer, como que la liberalidad formaba el cogollo de la magnífica hidalguía de aquel varón.

El criterio de rector periodístico de Silva daba algunas sorpresas como ésta: Hace dieciocho años, él me invitó, a mí, que no escribía prosa, a colaborar en su diario. Le contesté que mi prosa no existía, que no existían sino mis versos y éstos a medias. Y tuve de él una curiosa respuesta que he desentrañado en su sentido mucho más tarde:

"Un poeta posee siempre el derecho a escribir en prosa. Es un derecho esencial y no de ocasión. Si escribe mal un artículo, sus síntesis o sus metáforas le salvarán siempre. El poeta es el verbo en función de síntesis y esa forma del verbo yo la estimo por encima de todas. Un periódico necesita de ella también".

Por estas razones muy suyas, me llevé a escribir prosa y me hizo un sitio a su lado, con su llaneza de Maestro criollo, dejándome por ello bastante asombrado hasta el día de hoy.

Muchos fueron los agradecidos como yo. La literatura chilena, y por rebose la americana, deben a la Empresa de "El Mercurio" grandes liberalidades y el perfume de ella vence por mucho el de las exclusiones y el de algunos olvidos penosos que nos duelen. En cada adopción de un nombre mayor, en cada ampliación de la plana literaria del periódico, anduvo siempre la diligencia lúcida, parecida a la del alceón, de Silva Vildósola, que ojeaba sin relajo sobre la franja del país, más largo que la angustia.

EL EQUILIBRIO

Fue el equilibrio cualidad permanente en don Carlos Silva Vildósola, un pasmoso equilibrio vasco que no bamboleó nunca, una cordura que residía a mitad de su ser, estable como la viga madre.

Alguna vez yo le hablé de virtud tan poco común en el criollaje hispanoamericano, y mientras escribo, recuerdo que se quebró su sonrisa en su boca al contestarme así:

—"Ay, Gabriela. Es la cualidad menos popular en nuestra raza; las gentes la hallan chata y vulgar; no la estiman en tiempo normal y sólo la agradecen después que pasa una tormenta y necesitan de los cuerdos para rehacer el destroz".

Cierto es que las gentes miran la sencillez como virtud sedentaria, y es activa por excelencia, pues necesita ser vigilada al igual de la buja que arde. Un poco menos y se vuelve hielo, un poco más y se sube al arrebat. Ni helado ni inerte fué el equilibrio del Maestro chileno, porque en todo él, de carnes adentro, se agazapaba un rescollo de pasión tan escondido que los leídos no lo vieron nunca.

La labor más sustantiva de los últimos años de Silva Vildósola fué un curso que dió en la Universidad Católica sobre "Los profetas hebreos", lleno de una materia que rebosaba por mucho el título. Porque él habló allí del hecho sobrenatural del profetismo en aquella raza extraña, que lleva a parecer fábula dentro de cualquier tiempo; y habló del territorio mínimo que produjo el profetismo, como el palmo de desierto da de sí una flor de ambrosia y de garfios, cuyo orden sobrepasa al botánico y se asoma a la mitología. Ninguna alma de baja temperatura habría escogido este asunto de fragua que pone vago espanto en las almas antivulcanicas que el Judío Divino, "omita de su boca". El Isaías, que mi amigo tanto amó, nor su prodigiosa activación de Cristo; y el Ezequiel que le sacudía las raíces del ser, con su metafísica del décimo plano, y el David cargado de su cordillera de salmos, cada uno más convulsivo que el anterior, todo esto no tienta a un alma que no lleve sobre sí la marca de la pasión, signo de preferencia divina.

Lo que había en don Carlos Silva era mucho más precioso que el equilibrio con que se nace y que suele ser frígido o egoísta; lo que él vivió tal vez fué la forma de su temperamento caluroso, de su cual desconflaba, y del que da testimonio solamente algún jirón de periodístico de su obra. Hay de más: Silva buscaba la pasión como un país de tránsito, donde él podía gozar un poco de ella sin el riesgo de trocar su índole; pero la pasión le era necesaria como el mar a todos los hombres de tierra adentro, que bajan al por agitar sus potencias. La poesía en general, y particularmente la bíblica, desempeñó respecto de mi amigo esta función de la marejada, y no dejó que su alma conociese el marismo del criollo que se engrasa en el bienestar y se disuelve en la insipidez. Yo le supe el amor de los poetas que me conmovía, porque entendí la virtud que lo nutrió.

No le sirvió a él, sirvió a la chilendidad, la sagacidad del periodista; ella fué la aplacadora de nuestras tormentas colectivas y reteleó muchas ocasiones las mallas rotas de la concordia nacional. Aquella mano de escribir fué mano de oír las sangres invisibles de nuestras violencias de mestizos y fué la mano de lavar las llagas del encono político, una vez pasadas las reyerías.

Nacido para hacer obra propia, este sacrificio de las galeras periodísticas, renunció a muchas cosas, y la mayor de ellas, a la esencia creadora de su ser, que dejó quemarse como una enorme resina de pinos, arrinconada en un cofre y que no ardía más.

Se necesita conocer toda la vanidad que existía en la profesión literaria para estimar bien el anonimato periodístico. En el caso de que nuestra sociedad moderna guarde algún hilo del tejido medieval, esa hebra perdida estaría representada por el gremio de la prensa, que yo suelo pensar como el cortejo nocturno de una secta que desfilase con el capuchón abajado, sin rostro y sin nombre. Ella entra, al anochecer, por las puertas de los rascacielos, a cumplir, hasta el alba, su oficio de pensamiento colegiado, y le que allí escribe son unos textos que durarán apenas un día, escritura garabateada en dunas que el viento de la mañana se lleva.

Cuando estos hombres de personalidad abolida son el novelista Silva Vildósola, que renunció a hacer novelas, y el humanista que rehusó escribir sus conversaciones magistrales, y cuando estos dirigentes natos apartan de sí todas las dignidades oficiales, entonces muy dignos son de ser contados en un corro, aunque no hayan dejado a sus espaldas un alto cubo de libros, o precisamente porque no dejaron adicte alguno que nos atenace la potencia morosa que llamamos memoria, cuyo gusto es tirar todo, olvide abajo.

La cosecha alzada. En el llano central de Chile, allí por fines de mayo, el campo, ganado por el invierno, pierde su jactancia verdolosa de cereales y frutas. No hay masas de duraznal o de pomar que golpeen la vista y la hierba también ralea, encogida por las primeras escarchas.

Quien camina a campo traviesa va mirando entonces con desabrimiento esa pobre Ceres calva y vulgar. Y como es grandísima nuestra facultad de olvido, según ya dije, el trotador ni se acuerda de la gloria que anteaer le saltó a los ojos.

No reparamos, pasando, en que al resplandor cereal y frutal no se sumergió ni se fundió, sino que entró en nosotros y ahora corre por nuestra piel en buena sangre y en nervios. La cosecha fué sólo levantada y mudada de sitio; la horizontalidad se ha vuelto vertical y camina en nosotros mismos, cantando.

Ese campo del despojo se me parece mucho al acabamiento del maestro Silva Vildósola. El ha pasado a su gente, partícula a partícula, y somos su troje viva y la rueda de su mollienda incansable. No hay tal hombre tumado por las potencias brutas de la tierra; hay, esto sí, un trabajador cristiano, desmenuzado y repartido entre sus lectores de medio siglo, en una operación al mismo tiempo santa y vulgar.

El es realmente la cosecha que se incorporó a la chilendidad, a toda ella, a la que trabaja, a la que juega, a la que delibera, a la sedentaria y a la errante. Las patrias fuertes —y así es Chile— se devoraron a sus hombres, para nutrirse y no decaer, y el varón regalado a los suyos que nada les hurtó por su gloria personal es el más feliz de todos. Bien lo saben las gentes del mismo oficio, en todas partes, cuando se pierden día a día, como mi compatriota, y se recorran sólo en el bulto eruido de la Patria-Saturnos, devorados de hijos.

un mojón demarcador de la frontera argentino-chilena. Luego otros y otros, hasta que por fin llegamos a la frontera.

Usando una pirámide de hierro como mesa, hice un ligero plano de los caminos que debía seguir Larkin.

—¡Bueno —le dije, sonriendo— ahora está usted en Chile, en mi patria y para celebrarlo, antes de que nos despidamos, comamos algunas chuletas y bebamos un sorbo de whisky!

Nos desmontamos para hacerlo. Entregué a Larkin el resto de la comida, la botella, y nos dispusimos a separarnos. La luna en esos momentos parecía avanzar más ligero y más brillante; esa luna austral, de la Tierra del Fuego, grande y extraña, que rueda por un cielo muy combado, como un lento andarivel con su capacho repleto de diamantes, tan lento que a veces la mañana lo sorprende a medio camino en viaje a las doradas minas del ocaso.

Montados, nos miramos un instante. Yo estaba sereno, en cambio, bajo el ala del sombrero de Larkin ocurrió algo.

—¡Bueno, ché, gracias! —me dijo alargándome la mano.

Nos estrechamos las manos, brevemente, y un "hasta la vista!" fueron nuestras últimas palabras.

Siempre que me gana demasiado el sentimiento, nado contra la corriente; esta vez me dije una grosería que no sentía: ¡Perdiste caballo y amigo, vas bien aparcero, es mejor que no salgas de tu rancho, y partí a galope tendido hacia la sección "Las Currueras".

VI.

Algunos meses después, en los momentos de partir a un rodeo, llegó un "chasque" con la correspondencia de la estancia. Entre las cartas venía una dirigida a mí, con una letra gruesa y una extraña extraña. Abrí, era de Larkin. Me escribía de un lugar de Sudafrika.

Después de recordar medio en inglés y medio en castellano los tiempos pasados en la Tierra del Fuego y su escapada, terminaba así:

"Estoy aquí, ché (usted se va a reír), comerciando en camellos; los compro en el sur y los voy a vender al interior del África."

"Me va bien, si no fuera así no le enviaría estas libras-papel, equivalentes más o menos al valor del "malacara", que vendí en Río del Oro a un tal Antúnez, a muy bajo precio, para que usted lo rescatara algún día, si llegara la ocasión."

"Véngase, ché, trabajaremos juntos acá. Esa maldita tierra no es para usted; no vale la pena vivir como las piedras en un solo lugar."

"¡Ah... mire, esta carta tiene otro objeto principal y es agradecerle una cosa: que jamás me haya preguntado durante mi permanencia a su lado, en la sección, ni durante mi fuga, la causa de mi odio contra Mac Kay."

"En la guerra del catóric nos encontramos con él en Gallipoli; yo era un regimiento de caballería australiano y él en un cuerpo de infantería escocés; pero, mi buen amigo, el asunto no tiene importancia: fué una cosa oscura, entré Lombres, que empezó en Gallipoli y fué a terminar, como usted sabe, en la Tierra del Fuego."

Larkin."